

EL CARNAVAL.

A las fiestas báquicas que en los comienzos de cada año celebraba el paganismo debe su origen el Carnaval. En ellas la destemplanza y la embriaguez eran el colmo de tan brutales regocijos, y así estos pueblos espirituales con tanta facilidad le divinizaron, todo para mejor saciar su desbordado sentido con la apoteosis de la materia. La antinomia en los ritos de tantos dioses produce la caótica religiosidad de esos remotos tiempos, por lo que, trastocado hasta en lo más rutinario el sentido moral, solo el capricho de los tiranos informa las leyes de estos pueblos, vaciadas en el molde de sus pasiones: avasallados por su voluptuoso dominio, cuidanse de cultivarlas, para alejar el hastío de tanta perversión con la variedad de sus formas que más y más incitan su enérgico apetito.

Por eso se presentan ataviadas con todo el esplendor del arte, y Thespis, que vivía 536 años antes de la Era Cristiana, al inventar la tragedia, presenta en escena sus personajes con la cara pintada con las heces del vino; pero el refinamiento de su discípulo Esquilo no solo introduce el coturno, sino que hace desaparecer tan repugnante aspecto presentado por los rostros de los actores, cubriéndolos con la máscara. En estas representaciones dramáticas introdujose bien pronto la corruptela de que un actor recitase su improvisación en grotescos versos, disparejados monólogos, acompañados de gestos, visages y contorsiones para exponer á la risa pública una acción, un personaje, un carácter, una profesión ó cualquier suceso público; más, en vista de los fatales resultados de estas condescendencias con un pueblo tan sensual, fué suprimida la palabra por Mecenas, quedando solo la acción, que si podía hacer menos transparentes los propósitos del actor, no por eso dejaba de escitar el frenesí, hasta la infernal furia, con estas pantomimas que tan popular renombre dieron á Laberio, Publio, Sirio, Batilo y Pí-lades.

Este nuevo género, tanto de la predilección del pueblo como de los magnates, fué desde entonces la diversión favorita; y ya se tratase de conmemorar un acontecimiento público, ya de celebrar el más íntimo suceso de familia, fastuosas mascaradas eran indispensables en todo festejo.

El Carnaval de Venecia, que hasta en nuestros tiempos ha sido el dorado sueño de la gente alegre, inspirando en lo serio famosas composiciones en las bellas artes, si bien el mayor esplendor le debe á la dominación de sus Duques, era ya de universal fama en el siglo XI. A la máscara se le dispensaba allí todo género de preeminencias, pudiendo penetrar hasta en el Gran Consejo, disfrutando también de inmunidad ante el tribunal de la inquisición y castigándose con extremado rigor el menor insulto que se le hiciese.

Uno de los frívolos pretextos con que los cristianos han pretendido sancionar esta diversión pagana, es la mentida necesidad de expansión para prepararse debidamente á la abstinencia del santo tiempo de Cuaremas; mas como no he de tender el paño para ejercer el severo oficio de moralista, paso por alto y sin refutar todo cuanto sofisticamente se ha dicho en abono de semejante costumbre.

Pero es innegablemente cierto que nuestros Carnavales han llegado al periodo de su decadencia; sin duda porque se han convencido las gentes de que no es necesaria esta temporada oficial, habiendo en todo tiempo tanto enmascarado de oficio; pues sí, por bien de muchos, no siempre la cara es el espejo del alma, y tiene también la educación una simpática careta con que presentarse en sociedad, á otros les escusa de ponerla su propio rostro. Dándose por ende bromas de todos géneros y para todos los gustos, sin necesidad de ella, á les que tan bien se avienen hasta aquellos que por su posición ó cargos debieran á todos sus actos imprimir carácter de seriedad—como les sucede á los gobiernos que continuamente embroman al país, no siendo de los menos pesados bromas el que le preparan ahora, con la careta de la sinceridad electoral, que ha de servir para mejor resucitar á tanto Lázaro,—hemos de confesar que, pública y privadamente, el hombre es á condenado á careta perpetua, y de repetir con un atisísimo embromador que los días pesados: Todos los hombres son iguales; todo el año es carnaval.

Seguindo, pues, la corriente, querido Director, haz un lugar en las columnas de este lunes á estas líneas, seguro de que con ellas das un bromazo á los lectores de EL ATLANTICO.

J. D. DE LA P.

GRACIAS Y DESGRACIAS DEL MATRIMONIO.

CARTAS

DE UN SOLTERÓN A UN NOVIO Y VICE-VERSA, SOBRE

EL TECNICISMO MATRIMONIAL,

COLECCIONADAS

POR UN INDIVIDUO DE AQUELLA RESPETABLE

CLASE PRIMERA.

VIII.

Pepe no escribió más sobre el tecnicismo matrimonial, pero quedaría incompleta esta colección de cartas, sin copiar una que dirigí Antonio á un antiguo amigo suyo, perteneciente como él, á la cofradía de los casados.

Hé aquí el texto de esta carta:

APRECIABLE NAZARIO:

¡Asómbrate, maravíllate, hazte mil cruces en la frente, que lo que voy á participarte es ináudito, prodigioso, estupendo y casi increíble! ¡Yo lo he visto y apenas lo creo; yo lo refiero y todavía lo dudo!

¿Sabes lo que ocurre? Te lo diré de un golpe para aliviarte del susto que te habrán causado mis exclamaciones.

¡¡¡PEPE SE HA CASADO!!!

Toda admiración es poca y toda letra pequeña para expresar gráficamente mi asombro.

Aquel denodado, terrible y terco enemigo del matrimonio vino aquí con fiero ánimo de solterón empedernido, y perdió su pleito á los quince días de estar en nuestra compañía, ó mejor dicho le ha ganado, que ganancia es tener una esposa tan linda y tan buena como Carmencita.

Poco trabajo costó á mi hermana política vencer á su adversario. Un sencillo vestido de cretona, un peinado modesto y una flor en la cabeza, adorno que nunca olvida una andaluza, fueron todos los artificios que empleó para conseguir su victoria. Pepe, sea dicho en honor de la verdad, discutió una semana con Carmencita, haciéndonos morir de risa los razonamientos y argumentos de ambos contrincantes; pero cada día iba Pepe perdiendo la firmeza de sus convicciones, y acabó la obra de destrucción la inocente coquetería de la traidora andaluza, que anonadaba al pobre hombre con sus miradas, con sus sonrisas y con su gracejo.

Una tarde encontró Pepe á Carmencita en el jardín, y locamente enamorado de ella, cayó á sus pies pidiendo perdón de sus pasados yerros.

Esta escena la vimos mi mujer y yo, desde lejos, acudimos donde estaba el solterón arrepentido y penitente, y escuso decirte que nos divertimos un rato á su costa.

—¡Soberbio, exclamé yo alzando las manos al cielo, qué dirán las naciones extranjeras cuando sepan que vas á las dehesas boyales del matrimonio, aparejado á la jerezana, con esposa, y convicto y confeso de pretendiente!

—¡Qué desgracia, repuso mi mujer, otro fin trágico!

—Ya le he prometido que seré su señora, añadió Carmencita con graciosa picardía.

—¡Bendita esclavitud! exclamó Pepe con acento apasionado, estrechando con efusión la mano de mi cuñadita.

—Pero, hombre de Dios, repliqué, ¿así olvidas las lecciones de los sábios, las advertencias de San Pablo, las burlas de Quevedo, los consejos de tus decantados clásicos, los epigramas de tus autores favoritos, y las ingeniosas interpretaciones de las palabras de casamiento que has coleccionado mañosamente.

—¡Pues ahí verá V.! contestó Pepe con filosófico despego.

—¿Y no te arredran, insistí, las angustias que pasan los maridos antes del parto, en el parto y después del parto? ¿no te acobardan las amas, ni te asusta la política de tus nuevos parientes?

—Ni me asusta, ni me acobardan.

—¿Y no te horripila el mal que sufre un marido al remo de su mujer, que concuerda con lo de *mar-ido*?

—¡Tonterías de un gracioso de comedia y argucias de un solterón!

—Y lo otro de que *es poseso* un esposo.

—¡Un juego insustancial de palabras!

—¡Mira que site casar te van á administrar el último sacramento!

—Me administrarán el que está junto al orden, aparte de que no hay primero ni último donde todo es excelente.

—Considera despacio que mal andan las personas que hay que amonestar tres veces.

—Nos casaremos con dispensa de proclamas, y está salvado el escollo.

—Recuerda que Job es un hombre feliz comparado con uno del gremio.

—Mas paciencia tengo yo aguantando tus bromas.

—Lo creo; ningún marido muere recibiendo.

—Si son disgustos, puede ser.

—No te faltarán, si no te equivocaste al afirmar rotundamente que siempre es amarga la cáscara de una media naranja.

—Lo dije, y ahora añado

Que la cáscara la tira El que busca el corazón.

—¡Antropófago!

—¿Has concluido ya de divertirme á mi costa? preguntó Pepe amoscado.

—Te dejo, porque voy á llamar á los hermanos de la paz y caridad para que te lleven con *esposa* al sitio de la catástrofe.

—¡Qué gracioso eres, Antonio!

—Trataras tú de tirarte de cabeza por el viaducto de la calle de Segovia y no te quitaría la idea de la mente; pero eso de atentar contra tu libertad con premeditación y alevosía no lo puedo consentir.

—¡Canario, exclamó Pepe, basta de bromitas! Yo he escrito todo cuanto recuerdas con maliciosa intención, y cuanto dije lo sostengo con bríos.

—¡Adiós, á que vuelve á las andadas! repuso asustada mi mujer.

—Escrito está en un papel Lo que Don Pepe opinó, Y lo que él allí escribió Mantenido está por él.

repliqué con entonación dramática.

Cármén miró á Pepe y se sonrió.

—El matrimonio, dijo él, es un estado expuesto á graves perances, según declaran autores muy formales; pero no siempre sucede esto, por haber excepciones que confirman la regla general.

—Es decir, que creés que vas á ser un marido singular.

—Sí, porque Carmen es una mujer como pocas.

—En cambio, V. es un hombre como muchos, dijo Carmencita.

—Decía verdad. Pepe era un hombre como muchos que conocemos, que hablan del matrimonio de memoria, y permanecen solteros por un defecto de su genio. Era el de Pepe adusto y corto. Niño, no quiso tratar con otros niños; jóven, no frecuentó la sociedad, y hombre, huyó de las mujeres, reduciéndose sus relaciones á un círculo de amigos solteros, solapados todos y los más de ellos envidiosos de la dicha agena. El apego que cobró Pepe á los hábitos de una vida económica, reglamentada y monótona; la preocupación propia de las personas que viven solitarias; la rudeza de carácter, que adquirió al alejarse del trato de las mujeres, y las crudas opiniones de sus amigos contribuyeron de consuno á hacerle creer se encontraba en el mejor de los mundos posibles, sin conocer que su existencia era un verdadero desierto, donde no había otros oasis que los pintados falsamente por el espejismo de sus torcidas ideas. Quizá en alguna ocasión pensó que el celibato no era todo bondad; acaso algún día observó que su corazón latía agitado al mirar á una mujer, y tal vez el recuerdo de su buena madre, que conservaba con filial respeto, le inclinó á renunciar á un estado que conocía no era el mejor; pero de querer casarse tenía que vencer su genio, cambiar de costumbres, hacer la corte á una señorita, declarar su pasión, pedir su mano, y todo esto amedrentaba á su inerte y pasiva voluntad.

Abandonó, pues, su porvenir á la casualidad, y en este estado de cosas le participó la idea de mi proyectado enlace. El ejemplo le sorprendió, por pertenecer yo al círculo de los solterones; entonces sus amigos debieron criticar lo que llamaban mi defección, y él ha-

ciéndose eco de sus censuras, que juzgó acertadísimas, me escribió una carta aconsejándome que no me casara, con razones disparatadas. Me burlé de ellas, como no podía menos; Pepe insistió en sus grotescas reflexiones, y yo contesté en broma y en serio, citando de paso el nombre de una mujer buena y hermosa con la que podía casarse.

La indicación hizo que su pensamiento se fijase en mi hermana política; pero creyó de buena fé que resistiría impasible los efectos de sus encantos, supuso además que únicamente le atraía á mi casa la amistad, y el pobre hombre rindió su fiereza al primer halago de una niña bonita.

Cualquiera otro en las circunstancias del amigo Pepe hubiera sido derrotado por una mujer precitada á mi cuñada. Pepe era uno de tantos que no se casan porque las hijas de Eva no son las llamadas á elegir; si fueran electoras, como son elegibles, botarían de sus reales á todos los solterones del mundo.

Pepe está hoy contentísimo con su nuevo estado, siente su descuido en no tomarle antes, y ahora confiesa que cometió una ligereza al asegurar que todas las mujeres se casan para hacer su gusto. ¡Qué concepto más erróneo! La vida de la mujer, lo mismo soltera que casada ó viuda, es un continuo sacrificio, que si rígidos son los deberes de la hija, más estrechos son aún los de la esposa y madre, para que pueda disfrutar otra libertad que aquella muy limitada que permite el cumplimiento de sus obligaciones. Si algunas las desatienden, el escándalo que producen demuestra que sus faltas son extraordinarias ó excepcionales.

El matrimonio tiene sus inconvenientes, nada hay perfecto en el mundo, más son como las espinas de la rosa que no quitan un ápice á su hermosura. Pepe es de esta opinión, y mucho lo celebro, porque ya frisaba en los límites de la juventud; llegaba al término de esa edad que alegra cuanto le rodea, que todo lo embellece y que recoge por donde quiera, simpatías, aprecio y amor. El hombre en la primavera de su existencia tiene rico caudal de ilusiones, goces no le faltan, la esperanza le sonríe y nada echa de menos cualquiera que sea su estado social. La juventud, sin embargo, pasa veloz, y al trascurrir los años, las canas anuncian que se acerca la vejez, que es el invierno de nuestra vida. Entonces se busca el cariño y hay que comprarle; la soledad espanta y no hay medio de evitarla; las enfermedades entristecen y los extraños no las alivian con sus cuidados; y como siempre el egoísmo engendra el desprecio y las impertinencias traen los desvíos, resulta que los que llegan á la ancianidad sin tener familia, viven sufriendo continuos disgustos y mueren tan desesperados, que antes de espirar puede que sientan una infame mano que busca bajo las almohadas de su lecho la llave de la gaveta, que vean sacar el dinero que en ella se guarda y que oigan las cínicas carcajadas de los que se lo reparten, mientras él padece las horribles angustias de la agonía.

¡Cuán diverso es, oh Nazario amigo, el porvenir del anciano que vive y muere en el seno de su familia! Los suyos le atienden con esmerado cuidado, venerando sus canas, corona de plata de su ancianidad; lo mejor de la casa y de la mesa es para él; sus impertinencias se aguantan con cariño, y sus deséos se procura satisfacerlos con amor. El rayo de sol que entra por la ventana de su limpio cuarto alegra su vista, y los bulliciosos nietecitos que se mecen en sus trémulas rodillas rejuvenecen su corazón, asemejándose aquella luz y estos niños, al sol que alumbrá á unas ruinas, cubiertas de flores, pues parecen como un ósculo que lo de hoy dá á lo de ayer, ó como un abrazo que la vida dá á la muerte en el seno de la naturaleza. Así

trascurren en santa y plácida calma los últimos días del abuelo, y cuando muere, piadosas manos cierran sus ojos al reposo eterno; sinceras lágrimas se derraman sobre su tumba, oraciones fervorosas piden para él la gloria y un inefable recuerdo de amor perpetua su nombre.

¡Ah! si el hombre no tuviese corazón y si pudiera librarse del peso de los años, sería feliz de soltero; pero como tiene corazón y ha de ser viejo, grande será su pesar si no se casa, porque ni el amor que se compra satisface la sed del alma, ni fuera de la santidad del deber se encuentra más que el remordimiento. La familia es el puerto de refugio que Diós ha puesto en el agitado mar de nuestras pasiones.

Yo no sostengo, ni puedo sostenerlo, que el matrimonio sea la suma felicidad; ya sé que dicha cumplida no la hay en esta vida. Lo que afirmo, con entera convicción, es, que el hombre casado es menos infeliz que el hombre soltero; lo que veo es que á los que infringen la ley natural del amor, les condena la sociedad al aislamiento en la edad que los años, los achaques, y los desengaños amagan constantemente la existencia; pero sin que esto que ahora indico y lo que antes he manifestado sea conceder la bondad de un enlace sólo en la vejez.

He dicho que un hombre no echa de menos la familia en los años de su juventud, pero satisfacción es ésta que el desengañado tiempo se encarga de acibarar, porque la edad es cosa de importancia en la celebración de un matrimonio, tanto por su influencia en el recíproco amor de los cónyuges, como por la que tiene en el bienestar de los hijos, anhelo del corazón de los padres.

Cuando uno se casa viejo muere por lo regular dejando á los hijos en tierna edad, ó mucho antes de que pueda ver establecidos á los varones y casadas á las hembras, deséos ambos que forman la dicha de un padre. El cuidado, por consiguiente, de estos hijos, el pavoroso problema de su porvenir, el temor de que los arruine la torpe administración de un mal tutor, el pensamiento de que un día los martirice la crueldad de un padrastro, y la certeza de que ha de abandonarlos en una edad, en la cual es absolutamente necesaria la protección paternal, son ideas que trabajan con hondas cavilaciones la mente del viejo, especialmente en su última hora.

La muerte, trance fatal siempre, no puede afrontarla con serenidad un hombre que deja desamparada á su familia; pero aunque esté lleno de sombras ese crítico momento, no son tan densas como las que cubren el lecho del solterón moribundo. En el primer caso la desesperación produce un doloroso afecto, el amor de padre; en el segundo, la ocasión una mezquina pasión, el egoísmo. El mal en uno y en otro caso se evita casándose en una buena edad, esto es, ni tan temprano que la reflexión pervierta la bondad del matrimonio, ni tan tarde que amenzgue sus esperanzas la sombra del sepulcro.

Pepe se encontraba en la mejor edad para variar de estado. Estaba aún á tiempo, pero no tenía que descuidarse. Por eso he tenido un inmenso placer al ver que imitaba mi ejemplo, renunciando á una oposición al matrimonio, que era artificial, somera y ridícula.

Anoche estábamos reunidos los dos con nuestras mujeres; hablábamos de la bondad del matrimonio y Pepe, resumiendo el debate, dijo:

«El matrimonio es un tema de eterna discusión, señal clarísima de ser cosa que mucho vale. De las malas ninguno se acuerda más que en las contadas circunstancias que nos afligen, y á las mínimas nadie las persigue con invectivas, ni se ridiculizan con exageradas caricaturas. Es evidente que solo son obje-

